



DOGMÁTICA TROGLODÍTICA

No hay nada más fácil que ser dogmático a la manera de nuestros trogloditas. Sus proposiciones dogmáticas en rigor a nada obligan a la razón, ya que son proposiciones puramente verbales sin contenido conceptual preciso y claro. Hace poco que Ramón Pérez de Ayala, en unas «Apostillas a la guerra», que publicaba en el diario «El Sol», comentaba una frase inefable, que llamaba «Juicio apodictico», la frase era: «el Ejército alemán no será vencido». Pero en lo que no se fijaba Ramón Pérez de Ayala era en que esa frase, en rigor, y más en boca o pluma de un troglodita, no tiene sentido. Porque, ¿qué es ser vencido un ejército? ¿Cuándo se dice que fué un ejército vencido?

El autor de ese «Juicio apodictico», que ni es juicio, sino mera frase, ni apodictico, o demostrativo, sino retórica, se guardaría muy bien de decir: «los aliados no entrarán en Metz», o en Strasburgo, o en Aquisgram, o en Colonia, o ni aun Berlin, porque esta es una proposición clara y concreta. Todos, hasta los trogloditas, sabemos lo que es el que un ejército entre en tal o cual ciudad del enemigo. Es decir... ¡no tanto! Porque creemos muy posible que se dé un troglodita que si a los alemanes se les ocurriese la barbaridad de destruir todo Metz antes de que caiga en poder del enemigo, el troglodita c x c l a m e triunfalmente: «No, no entrarán en Metz, sino en el lugar en que Metz se alzaba antes.» Porque todo lo creemos posible de esas pobres gentes a las que Armando Guerra ha acabado con sus planos y profecías de cepillarles la inteligencia granítica, dejándosela también plana. Pero el dogmático troglodítico, que se guardará muy bien de decretar que los aliados no entrarán en tal o cual ciudad alemana, u ocupada por los alemanes, o que impondrán a sus enemigos tales o cuales condiciones de paz precisas y concretas, no tiene ningún inconveniente en afirmar que el Ejército alemán no será vencido. Sospecha, además, que antes que ese ejército sufra la suerte que todos, incluso los trogloditas, llamamos vencimiento, Alemania aceptará todas, absolutamente todas las condiciones de paz que le impongan sus adversarios.

Otros trogloditas más avisados aún, mejor impuestos en lo que es el dogmatismo, sentenciaron tiempo hace diciendo: «Alemania no tiene que ganar la guerra; la ha ganado ya.» Y sea cual fuere el resultado de la contienda, y aunque Alemania tenga que aceptar la paz aliada, podrán decir: «Bien; pero en 1915 Alemania había ya ganado la guerra.» Además, como ellos se han forjado una idea de lo que les aliados persiguen, que es el aplastamiento de Alemania—y tal co-

mo un troglodita entiende esto de aplastamiento—siempre les quedará decir que no la han aplastado; «ergo» han sido derrotados...

Ramón Pérez de Ayala, que no se ha criado como nosotros entre trogloditas y en tiempos de guerra civil cruenta y armada—tiempos reveladores,—no sabe bien, creemos, lo que es el dogmatismo de esas gentes. Los carlistas jamás se declararon vencidos en la última guerra civil, y muchos de ellos sostenían, al acabarse ella, que habían ganado la guerra. Ellos habían traído a Alfonso XII. Y durante la Regencia, con más razón acaso, oímos más de una vez decir a conspícuos carlistas: «¿Lo ven ustedes? ¿Ven ustedes cómo no fuimos vencidos?»

La dogmática troglodítica es un caso de la dogmática católica apostólica romana. El que estudie con atención y cuidado la maravillosa fábrica del credo dogmático de la Iglesia romana, su teología dogmática, con su sistema de contradicciones contrapesadas—que luego aplicó a la filosofía Hegel,—verá que los más de sus dogmas no obligan a la razón a nada, pues se reducen a proposiciones puramente verbales a que no responde realidad conceptual ni espiritual definida y clara. ¿Qué inconveniente hay en afirmar que el Espíritu Santo procede del Padre y el Hijo—«ex Patre Filioque»—y no sólo del Padre, si no sabemos qué es Espíritu Santo ni qué es proceder en ese caso? ¿Por qué no hemos de confesar que en la forma consagrada está la substancia del cuerpo y sangre del Cristo, sino sabemos qué es eso de substancia y si el concepto realista de substancia que se tenía en el siglo XIII, el de Santo Tomás, no lo tiene ya ninguna persona culta, y mucho menos después de Kant?

El troglodita se alimenta de palabras, no de ideas. Y las palabras se someten a la soligística; las ideas, no. Y es natural que el troglodita se haya sentido últimamente germanófilo, porque el pensamiento exotérico alemán, el de exportación y abogacía, no ha sido más que una nueva escolástica, una construcción verbal. Las doctrinas con que se revestía la sinrazón del imperialismo militarista germánico no eran sino una pura dogmática verbal con que aceptaban las contradicciones. El pensamiento íntimo, el verdadero, éste quedaba tácito. Era la fuerza la encargada de imponer su dogma. Y este pensamiento era el no pensamiento. Porque al troglodita, al que le cuesta tener que pensar, le molesta que los demás piensen, ya que pensando los otros le obligan a pensar a él. El dogma le exime de pensar y quiere imponérselo a los demás para que no le hagan pensar. Y él, el troglodita, sí que no será jamás vencido.

MIGUEL DE UNAMUNO.

